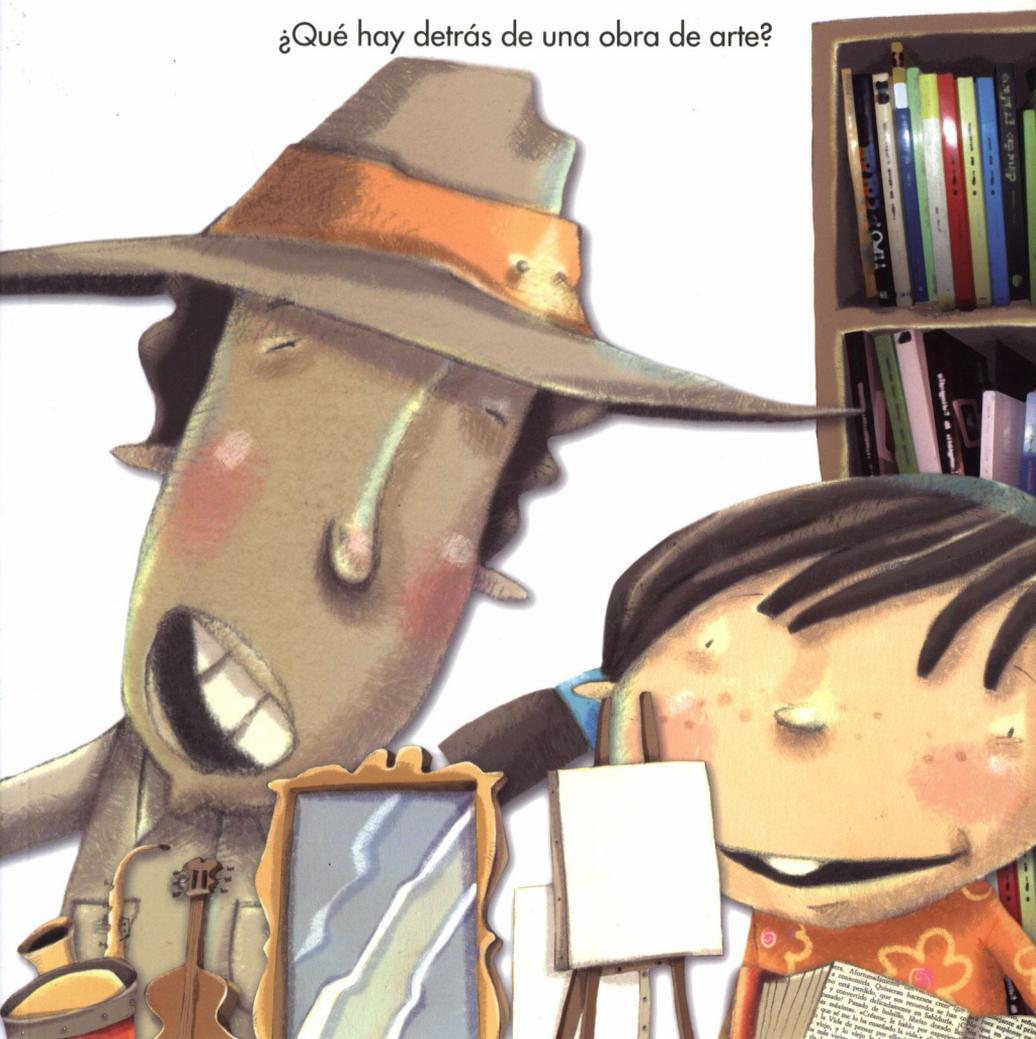


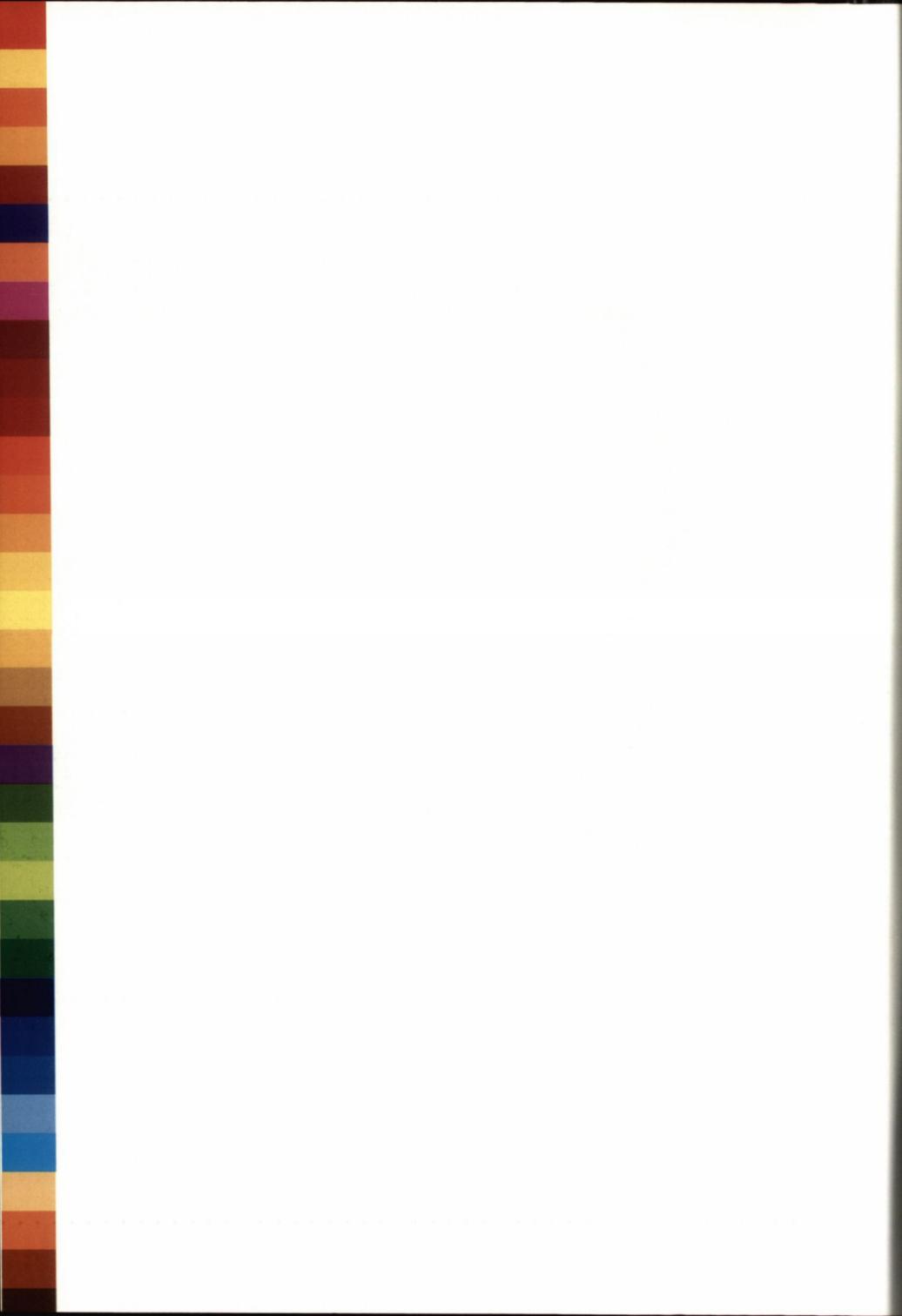
# MANOS A LA OBRA

¿Qué hay detrás de una obra de arte?









# MANOS A LA OBRA

¿Qué hay detrás de una obra de arte?



# MANOS A LA OBRA

¿Qué hay detrás de una obra de arte?

## **Proyecto y realización**

Colciencias

## **Director**

Juan Francisco Miranda Miranda

## **Subdirector de Programas Estratégicos**

Alexis Hjamar De Greiff Acevedo

## **Subdirector de Programas de Desarrollo Científico y Tecnológico**

Hernando Alberto Sánchez Moreno

## **Subdirector de Programas de Innovación y Desarrollo Empresarial**

Carlos Enrique Arroyave Posada

## **Subdirectora Financiera y Administrativa**

Paola Natalia Nieto Castillo

## **Jefa de la División de Ciencia, Cultura y Comunicación**

Ángela Patricia Bonilla Ramírez

## **Dirección editorial**

Julia Patricia Aguirre Guzmán

## **Edición**

Chigüiro Editores S.A.

## **Autor**

Miguel Serrano López

## **Colaboradores**

Juan Pablo Sendoya,  
Sofía Beltrán y Valentina Salazar

## **Ilustración**

Sandra Ardila

## **Revisión científica**

Juan José Plata Caviedes

## **Corrección de estilo**

Elkin Rivera

## **Diseño**

Lemoine Comunicación

## **Producción**

Chigüiro Editores S.A.

## **Impresión**

Legis S.A.

ISBN No. 978-958-44-2263-7

Primera edición: noviembre de 2007

© 2007 Colciencias

# Índice

Capítulo 1. Los expedicionarios.....	6
Capítulo 2. El mundo de la literatura.....	12
Capítulo 3. Por la autopista del <i>rock</i> mestizo.....	20
Capítulo 4. El ballet del mundo.....	28
Capítulo 5. La huella del fuego.....	35
Capítulo 6. Un mundo de piedra.....	41
Capítulo 7. El mundo por un rotico.....	47
Capítulo 8. Escuela de artes El Safari.....	54

# Los expedicionarios

La niña se detuvo frente al gran cartel que iba de lado a lado de la puerta, y se quedó observando hacia el interior de la casa con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Después volvió a leer el cartel: «Agencia de viajes El Safari. Gonzalo González Gonzaga, director».

—¡Esto es lo que yo necesito! —dijo en voz alta, y abriendo la rejilla que le

impedía el paso, fue hasta el salón recibidor, que era en realidad un garaje en el que habían puesto un escritorio con dos sillas y un archivador, al parecer repleto de papeles por las carpetas que sobresalían de los cajones. No había nadie.

—¡Buenos días! —dijo fuerte, pero la casa seguía en silencio—. ¡Buenos dííííí! —repitió la niña con más fuerza, y escuchó un gran estruendo como de platos rompiéndose dentro de la casa, y luego unos pasos que se acercaban velozmente.

En el umbral apareció un hombre joven, moreno, alto y sonriente, con el pelo goteando todavía, que caminó directamente hacia ella con la mano extendida.

—Gonzalo González Gonzaga —le dijo mientras estrechaba la pequeña mano de la niña—. ¿En qué puedo servirte?

Ella se quedó mirándolo por unos instantes, y después dijo:

—Pues verá...

—Pero siéntate, por favor —la interrumpió él, mientras la conducía a la silla que estaba frente al escritorio.



Luego dio la vuelta, se sentó, y mirándola a la cara con una expresión muy seria, repitió—. ¿En qué puedo servirte?

—Perdone si le hice romper el plato con el desayuno cuando saludé, don Gonzalo —le dijo ella.

El hombre se quedó mirándola un momento con sorpresa, y después le preguntó:

—¿Y cómo sabes que se me rompió el plato del desayuno, niña? ¿Eres adivina?

—¡Ah, es muy fácil! —respondió ella—. Primero, porque cuando dije buenos días escuché el ruido de unos platos al quebrarse, y luego sentí unos pasos corriendo desde el fondo de la casa; más tarde, cuando usted apareció, venía chorreando agua, de modo que deduje que se había bañado hacía un momento y que estaba desayunando cuando oyó mi saludo;

además, aún veo en su camiseta unos pedacitos de plato que no alcanzó a sacudirse.

—¡Asombroso, niña! Nunca pensé que, siendo tan pequeñita, tendrías esas dotes de investigadora —dijo don Gonzalo mientras se quitaba los trocitos de plato que se le habían pegado a la camiseta.

—Soy pequeña pero no tonta, don Gonzalo. Eso es algo que los grandes deberían entender —replicó ella muy seriamente.

Don Gonzalo se sintió un poco avergonzado, pero se repuso rápidamente y le dijo:

—No hay problema, niña. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero hacer una expedición... al otro mundo —dijo ella.

Don Gonzalo se puso pálido del susto.





Después de unos segundos reaccionó, y le dijo:

—¿Al otro mundo? ¡Pero tienes corrida la cabeza, niña! ¿Cómo quieres que vayamos al otro mundo? ¡Y además soy alérgico a los fantasmas! —exclamó don Gonzalo, mientras abría uno de los cajones del escritorio y sacaba su amuleto de la suerte.

La niña sonrió con tranquilidad y se echó hacia atrás en la silla mientras decía:

—No se asuste, don Gonzalo. No es lo que usted se está imaginando. Yo quiero hacer una expedición al otro mundo, pero no estoy pensando en fantasmas ni en aparecidos.

—Pues hasta donde yo sé, el otro mundo está lleno de cosas peludas, diablos, cucarachas gigantes, calderas con azufre... —decía él, todavía asustado.

—No, don Gonzalo, ¡tranquilícese! No va a necesitar su amuleto de la

suerte, porque lo que quiero hacer es una expedición al otro mundo, pero estoy pensando en el mundo de las artes.

—El mundo de las artes —repitió don Gonzalo, mirándola fijamente, mientras se tomaba un segundo para respirar, con alivio—. Pues si ahí donde tú dices no hay fantasmas ni arañas peludas, te organizo la expedición. Pero dime una cosa: ¿dónde queda ese mundo de las artes?

—Pues... —la niña se quedó pensando por unos instantes, buscando las palabras para explicarse—. En realidad no es un mundo, sino muchos mundos y están en todas partes.

—Ahora sí me perdí del todo —dijo don Gonzalo, mientras se cogía la cabeza

y se echaba el pelo hacia atrás con las dos manos.

—No es tan complicado como parece, don Gonzalo —explicó la niña—. Lo que sucede es que artes hay muchas, y todas están en este mundo, ¿verdad? Pero el mundo se ve distinto cuando lo miramos con los ojos de las artes.

—¡Ajá! —dijo don Gonzalo, todavía un poco perdido—. ¿Y?

—Pues la idea consiste en que me



organice un viaje por el mundo de las artes, que son muchos siendo uno y que es uno siendo muchos. ¿Qué dice?

—Que son muchos siendo uno y que es uno siendo muchos —repitió don Gonzalo mirando a la niña sentada y sonriente. Al fin, don Gonzalo sonrió también y dijo—: me caes bien, niña; acepto. Pero dime una cosita: ¿cómo se supone que vamos a averiguar dónde quedan esos mundos?

—Pues para eso está usted, ¿no es cierto? Vamos a hacer una expedición.

—¡Claro! Para eso estamos: agencia de viajes El Safari, a sus órdenes —dijo don Gonzalo, entusiasta—. Pero vayamos primero por un helado, porque la alergia a los fantasmas sólo se me quita con eso: ¡con helado!

Las calles estaban llenas de gente y los dos caminaban sin prisa, bajo el sol, hacia la heladería.

—¿Y cuál es tu nombre, niña?

—Alicia.

—Mucho gusto, niña Alicia. Dime, ¿por dónde quieres que comencemos?

—Pues podríamos empezar por la escritura —dijo Alicia mientras chupaba el helado que don Gonzalo le había comprado.

—A mí eso me parece muy fácil, niña —respondió don Gonzalo, chupando su helado—: te sientas con un lápiz frente a un cuaderno, y purrún purrún, dos vueltas... y ¡pum! ¡Ahí lo tienes!

Alicia lo miró entre divertida y escandalizada, y luego le respondió:

—No creo que sea tan fácil, don Gonzalo. Hasta donde tengo

... los cosas  
... doctor tiene de  
... vida; ha sabido hacerla  
... ceroso, esa pequeña ruina; es  
... Rogé se ha bebido su calvados.  
... poltrona y sus párpados caen pesadarr  
... vez veo su rostro sin ojos: parece un  
... rón, como las que se venden hoy en los co  
... mejillas tienen un horrible color rosa... De  
... se aparece la verdad: este hombre morirá, p  
... mente lo sabe; basta con que se haya miras  
... jo: cada día se asemeja un poco más al  
... rá. Esto es la experiencia de los hombre  
... dije tantas veces que huele a muerte: e  
... ensa. El doctor quisiera creerlo, quisier  
... sostenible realidad: que está solo, sin  
... con una inteligencia que





entendido, se necesita más que un «purrún, purrún» para hacer literatura...

—Litera... ¿qué? —preguntó don Gonzalo.

—Literatura, don Gonzalo. La literatura es el arte de escribir. Y esa es la primera expedición que quiero que hagamos.

Don Gonzalo se quedó pensando un momento, y después dijo con gesto de preocupación:

—Anda, niña. ¡Esto se está complicando!

—Tranquilo, don Gonzalo. Vamos a hacer lo que hacen los expedicionarios: ¡viajaremos al mundo desconocido!

—¿Qué quieres decir, niña?

—¡Pues que vamos a ir a visitar a Yolanda Reyes!

—¿Y quién es Yolanda Reyes? —preguntó don Gonzalo con curiosidad.

—Pues una escritora muy famosa. ¿No conoces *El Terror de sexto B*?

—Ni idea, niña. ¿Qué es eso?

—¡Una historia excelente! ¡Toda una aventura! Y la escribió Yolanda, así que podemos ir a visitarla y preguntarle. ¿No le parece?

—¡Hecho, niña! —exclamó él, golpeando con el puño en que tenía el cono de helado sobre la palma de su otra mano, con tan mala suerte que la bola de helado salió disparada y se estrelló contra el suelo con un sonoro «plop». Alicia no pudo evitar reírse del pobre hombre, que miraba desconsolado su cono vacío.

# El mundo de la literatura

Al día siguiente, don Gonzalo fue a recoger a Alicia hasta su casa y ella se sorprendió cuando, al salir, lo encontró esperándola vestido con un simpático y llamativo atuendo de safari: pantalones apenas por debajo de las rodillas, camisa habana llena de bolsillitos, un sombrero de tela y un gran morral a la espalda; llevaba su amuleto de la suerte engarzado en una cadena que se había colgado al cuello.

—Pero don Gonzalo:  
¡a dónde cree que vamos!  
—exclamó Alicia entre  
sorprendida y divertida.

—Expedición es expedición —dijo don Gonzalo—, ¡y hay que estar preparados para todo!

—¡Pero si no vamos a salir de la ciudad! —repuso Alicia.

—¡Eche, niña! ¡Por eso!

—¿Cómo así que «por eso»?  
—preguntó Alicia, desconcertada.

—¿Y no dicen que la ciudad es la selva de cemento, niña? ¡Es mejor estar preparados! ¿Dónde encontramos a doña Yolanda?



Alicia se rió, y luego le explicó que irían primero a la biblioteca para informarse. Estuvieron en la biblioteca por varias horas, y al terminar la mañana fueron a almorzar a un pequeño restaurante. Cuando acabaron, Alicia sacó su cuaderno de notas y estuvo leyendo en silencio por unos segundos; sonrió y miró a don Gonzalo para preguntarle:

—¿Y bien, don Gonzalo? ¿Qué saca en claro de nuestra visita?

—Pues a mí me parece —comenzó a decir don Gonzalo con gesto de experto—... que la biblioteca es muy bonita, niña Alicia.

—Sí, claro. Es muy bonita; pero le estoy preguntando qué piensa ahora de la literatura —replicó Alicia.

—¡Ah! ¡La literatura! —exclamó don Gonzalo sin tener ni idea, porque se había concentrado todo el tiempo en libros que tenían estampas de animales—. Yo creo que la literatura también es muy bonita.



14

Alicia lo miró con gesto de reprobación, y le dijo muy seria:

—Pues como usted no puso mucho cuidado, le voy a decir cuáles son mis conclusiones. ¿Le parece?

Don Gonzalo asintió callado, e inclinó un poco la cabeza con cara de niño regañado. Alicia continuó:

—Lo primero que saco en claro es que cuando una persona se dedica a la literatura, debe conocer profundamente su idioma; por eso lo primero que tiene que saber son las palabras y su significado, ¿verdad?

—Verdad, niña.

—Y quien se dedica a la literatura debe conocer también la gramática, que nos permite conocer la forma de las palabras, y al mismo tiempo nos permite ver cómo deben estar relacionadas esas palabras. Pero además de eso, tiene que conocer sobre la sintaxis.

—¿La «sin» qué? —preguntó don Gonzalo.

—La sintaxis, don Gonzalo. Es una parte de la gramática que se ocupa de las reglas que se utilizan para formar las frases, porque las palabras no pueden ir en cualquier orden, sino que tienen que respetar unas reglas especiales.

—¡Ah, la sintaxis!

—Y además, la persona debe conocer la ortografía, que es la manera correcta de escribir las palabras. ¿Vamos?

—Vamos.

—Pero hasta aquí estamos apenas en el comienzo, porque quien se dedica a la literatura debe tener dos habilidades muy difíciles de encontrar: la de describir y la de narrar.

—¿Y qué son esas cosas, niña?

—preguntó don Gonzalo con curiosidad.



—Pues describir consiste en mostrar con palabras. Es algo que hacemos todo el tiempo, pero no nos fijamos —respondió Alicia.

—¡Mostrar con palabras! ¡Anda! ¿Y narrar?

—Narrar es propiamente contar una historia, que tiene un comienzo, un desarrollo y un final.

—¡Yo sé contar chistes! —dijo don Gonzalo, alegre porque por fin podía intervenir.

—Los chistes son una forma de narración. Pero además de los chistes, hay otras formas.

—¿Y cuáles son esas otras formas de narración?

—Hay varias. Están el cuento, la crónica, la novela, la novela corta... Como verá, las posibilidades son muchas. ¿Cómo le parece?

Don Gonzalo se quedó pensando por un momento, y luego le dijo a Alicia:

—¡Pues creo que mejor me dedico a los safaris, niña Alicia! Eso de la literatura es bien complicado, ¿verdad?

—Y eso que hasta ahora estamos hablando de las técnicas de la escritura. Nos falta lo mejor: saber cómo se hace una obra literaria.

—¡Y yo que pensé que ya habíamos acabado!

—Vamos a ver a Yolanda Reyes —dijo Alicia sonriendo.

\*\*\*

Al abrir la puerta, Yolanda se quedó mirando con sorpresa el atuendo del extraño explorador que tenía ante ella.

—Buenas tardes, doña Yolanda —saludaron Alicia y don Gonzalo al mismo tiempo. Luego la niña continuó—: mi nombre es Alicia, y él es don Gonzalo. ¿Podríamos conversar un rato con usted? Queremos saber un poco acerca de cómo se hace una obra literaria.

—Claro; ¡sigan! —dijo Yolanda, haciéndolos pasar hasta su estudio, donde los tres se sentaron. Don Gonzalo no dejaba de mirar la gran cantidad de libros que había en todas partes.

—¡Esto parece otra biblioteca municipal! —dijo al fin, y preguntó—: ¿usted se ha leído todos estos libros, niña Yolanda?

—Estos y otros, don Gonzalo. Aquí sólo están los que uso para mi trabajo, porque escribir un libro es un largo trabajo de investigación, de pensamiento y de invención —respondió amablemente.

—¿También es investigadora? ¡Yo creía que la literatura era echar cuentos! —dijo don Gonzalo.

—Claro que investigo —respondió Yolanda, riendo por la ocurrencia—,

porque en la literatura la investigación es fundamental; no se lee sólo por diversión. La persona que escribe tiene que saber, primero que todo, qué cuentos se han hecho antes, y también debe saber cómo los hicieron, y quiénes, y la época en que vivieron... En fin, la persona que escribe tiene que ir tras el rastro de los otros escritores, pero no para repetirlos sino para encontrar caminos nuevos.

—Porque «investigar» viene de la expresión «ir tras los vestigios», ¿verdad? —intervino Alicia.

—Cierto, Alicia —respondió Yolanda.

—¿Y qué es un vestigio, niña?

—preguntó don Gonzalo.

—Vestigio significa «huella», o «rastro», don Gonzalo —respondió Yolanda—. Y se dice «investigar» porque cuando la palabra nació, la utilizaban para explicar lo que hacían los cazadores, que era ir tras las huellas de los animales.

Don Gonzalo se quedó mirando a Yolanda por un momento, y luego le preguntó:

—¿Y entonces me está diciendo que las palabras **nacen**? ¿Y también crecen y tienen hijitos?

Yolanda y Alicia se rieron.

—De alguna manera sí —respondió Yolanda—. Las palabras son inventos de las personas, y nosotros muchas veces las usamos sin saber de dónde vienen. Como la palabra «invento»: ¿Sabe de dónde viene, don Gonzalo?

Él se quedó pensando un momento, y luego dijo:

—Pues la verdad, la verdad, no...

—El origen de la palabra «invento» es muy bonito —dijo Yolanda—.

Al comienzo significaba «lo que viene en el viento», porque las personas no sabían de dónde venían sus pensamientos, y creían que sus ideas estaban en el aire y eran traídas por el viento hasta sus mentes.

—Y entonces usted investiga, piensa, y luego inventa —dijo él.

—Sí, don Gonzalo: investigo, pienso, y luego invento. Pero díganme: ¿qué es lo que querían saber?





Alicia le contó a Yolanda lo que habían hecho hasta ese momento, y le dijo que si bien ya tenían alguna idea sobre lo que se necesitaba saber para escribir textos literarios, no sabían en cambio cómo se hacía para escribir una obra en concreto.

—Y eso es lo que quisiéramos que nos contara —concluyó.

—Exactamente —dijo don Gonzalo, tratando de ayudar.

Yolanda reflexionó durante algunos momentos, y luego comenzó:

—Armar una historia es como armar un mundo. Por eso lo primero que hago es crear unas coordenadas para mi mundo, de manera que pueda decidir qué es lo que voy a hacer. ¿Será una novela?; ¿será un cuento? Porque una historia también se parece a un viaje: cuando es una novela, pienso en un viaje muy largo, que me llevará por rutas

desconocidas y con muchas paradas, mientras que un cuento es parecido a un viaje corto, en el que hay poco espacio para recorrer.

—¿Y de dónde saca las historias? ¿Se sienta a pensar en ideas, o le llegan ideas a la cabeza? —preguntó Alicia, curiosa.

—Un poco de las dos cosas —respondió Yolanda—. Ocurre un poco como con los personajes: lo que yo hago es tratar de escuchar las voces de los personajes, para entender cómo son, y luego dejo que ellos me narren sus historias. Y esas historias son, claro está, lo que los personajes me cuentan de ellos mismos y de sus aventuras.

—¡Entonces habla con fantasmas! —dijo don Gonzalo, cogiendo rápidamente su amuleto.

—No, don Gonzalo —repuso Yolanda,



tranquilizándolo—. No son fantasmas sino personajes, o sea, seres que invento para mis historias, pero aunque son un invento mío, ellos también tienen un carácter especial, una voz y una cara.

—¿Y cómo hace para organizar las ideas que se le ocurren? —preguntó don Gonzalo, curioso.

—Para eso se necesita tiempo. Y ese tiempo varía de acuerdo con lo que quiero decir. A veces se necesitan varios años para hacer una novela, y se requiere mucha paciencia para revisar lo que se ha escrito, precisamente porque hay que organizar todas las ideas que se quieren expresar.

—¿Y cómo hace para cambiar de

tema cuando quiere escribir otra cosa? —preguntó Alicia.

—Un libro es también un lugar donde vivir. Cuando llego a un libro, estoy llegando a un nuevo lugar que tengo que descubrir, y lo primero que hago es preguntarme por el tipo de mundo en el que estoy. Cuando descubro mi mundo, defino el tema de mi nuevo libro, y ese mundo tiene que ver con lo que pasa en mi vida, con los niños con los que comparto y observo cuidadosamente y con lo que imagino.

—Y si yo quisiera escribir, ¿qué sería lo primero que tendría que hacer?

—preguntó don Gonzalo.

—Lo primero es leer. Porque cuando

lee, usted está aprendiendo a reconocer el mundo del escritor.

—¿Y cómo hace para escribir historias infantiles, si usted es una persona grande? —preguntó Alicia.

—¿Tú sabes jugar sola con tus muñecas? —le preguntó Yolanda.

—Sí, ¡claro! —repuso Alicia.

—¡Pues yo también! —dijo Yolanda—. Por eso cuando quiero hacer historias para gente pequeña, recuerdo aquellos juegos, y también las historias que leía cuando era pequeña; además, recojo las preguntas, palabras y los juegos de los niños y niñas con los que comparto, a quienes observo atentamente y de quienes llevo un cuaderno con las cosas que de

ellos me llaman la atención. Esa es la investigación que yo realizo para hacer literatura.

Yolanda les invitó unas galletas con jugo de mora, y al terminar se despidieron. En la puerta, don Gonzalo tenía cara de tristeza y Yolanda le preguntó:

—¿Qué le pasa, don Gonzalo?

—Creo que nunca voy a poder escribir para niños —expresó, un tanto compungido.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Alicia.

—¡Porque yo nunca jugué con muñecas, niña! —dijo don Gonzalo.

Alicia y Yolanda soltaron una sonora carcajada.



## Por la autopista del rock mestizo



Dos días después, Alicia llegó hasta la oficina de la agencia de viajes El Safari para buscar a don Gonzalo. Habían hablado por teléfono el día anterior, pero él parecía muy misterioso, y cuando Alicia le preguntó qué estaba haciendo, apenas le respondió con tono bajo, como en secreto:

— ¡No puedo hablar por teléfono, niña! Mañana te muestro.

Alicia encontró a don Gonzalo sentado frente a su escritorio, con un cuaderno al frente, muy concentrado.

— Buenos días — saludó alegremente, pero don Gonzalo dio un salto en la silla y cerró el cuaderno con brusquedad, mientras miraba alrededor para ver si alguien más estaba por ahí.

— ¿Le pasa algo? — preguntó Alicia.

— ¡Chito! — dijo—. Que no se enteren los otros — terminó, con sigilo.

Alicia bajó la voz y se acercó al escritorio por detrás, mientras él abría de nuevo el cuaderno. En éste había un gran título en la primera página: «Novela», pero después sólo se veían algunas palabras en lista: «¿Esto? ¿Aquello? ¿Lo de más allá? ¿Personajes? ¿Y entonces?».

— ¿Qué está haciendo, don Gonzalo? — preguntó Alicia.

— Niña, ahora sí que se preparen: ¡voy a ser escritor!

Alicia volvió a mirar el cuaderno y le dijo, sonriendo:

— Pero no le ha rendido mucho hasta ahora...



—¿No se acuerda? ¡Hoy vamos a viajar al mundo de la música!

—¡Ah! ¡Pero ese sí es fácil! —dijo don Gonzalo—. Te paras con una guacharaca, y purrún, purrún, dos vueltas... y ¡pum! ¡Ahí lo tienes!

—Me temo que tampoco va a ser tan fácil —replicó Alicia—, pero ya veremos. ¿Está listo?

—¡Listo! Pero dime una cosa, niña: ¿a dónde vamos?

—Primero vamos a ir a la biblioteca, claro, y por la tarde vamos a visitar al Doctor Krápula.

—¡El doctor Drácula! —exclamó don Gonzalo—. Pero ¡estás loca, niña!

—Doctor Krápula, don Gonzalo, no Drácula. ¿No ha oído *El pibe de mi barrio*?

—¡Pues claro, niña, si suena en todas partes! —dijo, y comenzó a cantar:

*Todos los domingos  
soy el pibe de mi barrio;  
dos ladrillos, mi Campín;  
mi barra, el vecindario.*

—¿No te acuerdas de Yolanda, niña? Es sólo ir despacio... ¡y con buena letra!

—Pero recuerde que hoy tenemos otro viaje —le dijo ella.

—Ah, ¡claro! ¡Otro viaje! —dijo don Gonzalo, sorprendido—. ¿Y a dónde quieres ir hoy, niña?

Alicia se reía al verlo tan emocionado, y después de un momento le dijo:

—Ya ve, don Gonzalo: vamos a conocer a uno de sus artistas favoritos. ¿Vamos?

Parecía con un ataque por la emoción; salieron de la oficina rumbo a la biblioteca mientras él cantaba sin parar el coro anterior. Al llegar, Alicia le dijo que tenía que calmarse porque de otro modo no los dejarían entrar, y don Gonzalo hizo caso, pero seguía murmurando la letra de la canción.

Estuvieron por cerca de dos horas en la biblioteca, y al salir, Alicia le preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué saca en claro, don Gonzalo?

—¡Que la música es la música, niña! —respondió él, con aires de conocedor. Alicia lo miró con desaprobación, y le contestó:

—¡Otra vez estuvo distraído, don Gonzalo! Pero vamos a almorzar, que tengo hambre, y allá le cuento lo que aprendí.

Cuando terminaron de almorzar, Alicia sacó su cuaderno de notas y comenzó a hablar con tono serio:

—Lo primero que saco en claro es que la música está hecha de muchas cosas. Están, para empezar, la melodía, la armonía y el ritmo.

—¿Y eso con qué se come?  
—preguntó don Gonzalo.

—La melodía es una sucesión organizada de notas que tienen un tono y una duración específicos. ¿Me entiende? Como en *El pibe de mi barrio*. Usted la puede cantar porque conoce la melodía. Pero si se le cambia la melodía, puede sonar muy diferente.

—¡Ajá! —dijo don Gonzalo—. Y lo de la armonía, ¿qué es?

—Pues la armonía es la combinación de notas que acompañan a la melodía. Con la armonía usted hace el acompañamiento de la melodía.

—¡Ajá! —repitió don Gonzalo—. Y lo del ritmo sí me lo sé, niña, para que no hables mal de mí.

Alicia lo miró divertida, y le preguntó:



—¿Y bien? ¿Qué es el ritmo?

Él se aclaró la garganta y se puso a cantar como si fuera rap:

*Ritmo es el movimiento  
que te hace llevar*

*la música en el tiempo  
sin trastabillar.*

*El ritmo es como el viento  
que te hace volar  
sin perder el aliento  
llevando el compás.*

—¡Caramba! —exclamó Alicia, asombrada—. ¡Pues sí que sabe qué es el ritmo! Y además lo dijo con otro de los ingredientes de la canción: la poesía, que es la princesa de la literatura.

—¿La princesa de la literatura? ¿Y qué hace aquí metida en la música?

—preguntó don Gonzalo con curiosidad.

—La poesía es la princesa de la literatura porque dice más con menos; es la más pequeñita, pero la más brillante, y le gusta ir de la mano con la música —dijo Alicia con emoción, y luego prosiguió—: pero no toda la música tiene letra, porque hay música que viaja sola.

—¿Sin canción? —preguntó don Gonzalo.

—Sí, sin canción, como lo hacen las orquestas sinfónicas, que tienen muchos instrumentos y muchas veces no hay cantantes.

Don Gonzalo miró el reloj y exclamó:

—¡Niña! Si no nos movemos, ¡no hay cantantes! ¡Se nos hizo tarde!

Salieron corriendo y llegaron casi sin aliento a la casa de Doctor Krápula.

\*\*\*

La casa donde trabajaba Doctor Krápula era muy normal, con excepción de que la sala estaba poblada de instrumentos y equipos de sonido muy variados. Se sentaron en un sofá rojo encendido y esperaron por unos segundos hasta que llegó Mario, el vocalista, un joven serio y atento que los saludó con gran amabilidad. Después de las presentaciones, de las que se encargó don Gonzalo, Alicia preguntó:

—Mario, ¿cómo comenzó el grupo?

Éste pensó durante algunos segundos, recordando, y respondió:

—Comenzamos a unirnos cuando estábamos terminando el colegio. Todos habíamos tocado en otros grupos y teníamos un proyecto musical diferente,

porque veníamos de diferentes culturas, pero teníamos una cosa en común: queríamos expresar nuestras ideas de una manera no convencional, diferente, y ese fue nuestro norte.

—¿Y cómo hicieron, siendo tan distintos?

—preguntó Alicia.

—Lo que pasa es que la música tiene ese misterio particular: une en la diferencia.

—¡Eche! ¡Claro! —dijo don Gonzalo—. ¡Si yo he visto cantando vallenatos a todo el mundo!

—Sí. La música une. En ese momento, encontrarnos significó la primera etapa de un viaje en el que comenzamos a buscarnos a nosotros mismos porque queríamos saber quiénes éramos, y nuestro punto de unión fue el *rock*, pero un *rock* mestizo.

—¿Cómo así un «*rock* mestizo»? —preguntó Alicia con curiosidad.

—Lo que sucede, Alicia, es que el



*rock* es como una autopista gigantesca por la que van muchas corrientes, como si fuesen carriles. Nosotros decidimos mezclar lo nuestro, lo colombiano, con las grandes tendencias del *rock*. Por eso decimos que es un *rock* mestizo, en el que hemos hecho fusiones con otros ritmos, con otras épocas y con muchas etnias, de modo que hemos llevado todo nuestro equipaje de corrientes musicales y lo

hemos traído al *rock*.

—Como quien dice que ustedes no tocan, sino que manejan —concluyó don Gonzalo, y Mario y Alicia se rieron.

—Es verdad —replicó Mario sonriendo—, pero en nuestro caso hacemos viajes e investigaciones muy profundas sobre la música, nuestra cultura y sobre nosotros mismos. Somos siete personas que todos los días estamos investigando cuáles son los carriles de nuestra autopista musical, y también experimentamos con nuevas mezclas para hacer sonar melodías y

ritmos novedosos.

—¿Ustedes también son investigadores? ¡Ahora eso se le prendió a todo el mundo! —dijo don Gonzalo. Mario le respondió, mirándolo con curiosidad:

—Por supuesto. La mayor parte de nuestro trabajo es de investigación, porque la música necesita investigación, pensamiento e invención.

—¡Eche! ¡Otra vez! —dijo don Gonzalo.

Alicia le contó lo que había dicho Yolanda sobre la literatura, porque Mario no sabía qué pensar de la expresión de don Gonzalo, y luego le preguntó:

—¿Y en música cómo se investiga?

—En música se investiga todo: la melodía, la armonía y el ritmo. Y cada una de esas cosas que componen la música tiene una historia muy larga que

hay que conocer antes de conseguir una canción. Si no hiciéramos investigación, todavía estaríamos cantando las primeras canciones que hicieron los hombres de las cavernas —dijo Mario.

—Y yo que creía que esto era de purrún purrún... —dijo don Gonzalo.

—Cada música es el producto de miles y miles de pruebas y ensayos, y cada ensayo es como un paso en el camino...

—... de ir tras las huellas de la música —dijo don Gonzalo.

—Exacto —dijo Mario—. Por ejemplo con el ritmo: la investigación parte de saber qué ritmos hay y cómo se usan, porque si no se investiga, no se puede encontrar el ritmo nuevo. Y cuando se encuentra por fin, es necesario aprenderlo con mucho esfuerzo, porque en la música no sólo aprende la cabeza, sino que tienen que aprender también las manos, y los pies y todo el cuerpo.





—¿Las manos y los pies? —preguntó Alicia, curiosa.

—Claro, Alicia. Aprender a tocar un nuevo ritmo te exige aprender a moverte de otra manera, porque el ritmo nace del movimiento que realices con el instrumento. Y cada movimiento de tu cuerpo tiene que aprenderse con paciencia y trabajo.

—¿Y de dónde sacan las ideas para sus canciones? —preguntó Alicia.

—Una canción parte siempre de una idea. En nuestras conversaciones definimos aquellas cosas sobre las que queremos expresarnos, y cuando tenemos una versión del mensaje que deseamos transmitir, comenzamos a investigar y experimentar nuevas combinaciones con la música y el ritmo, que se unen para acompañar la letra. Y lo mismo con el video.

—¿Y cómo hacen para que se les ocurran las ideas? —preguntó don Gonzalo.

—Nosotros tomamos nuestras ideas de dos fuentes principales: de lo que ocurre en nuestra vida, y de lo que vemos que sucede en el mundo y en nuestro país. Y vamos avanzando. Nuestro primer disco fue como un viaje alrededor de nosotros mismos; el segundo fue el resultado de pensar en nosotros y en la ciudad, y el tercero es otro viaje, pero esta vez sobre nosotros y el país, porque tuvimos la posibilidad de viajar y conocerlo como grupo. Y ahora haremos uno sobre América Latina, que es el punto hasta el que nos ha llevado la autopista.

—Mario: ¿qué es lo más importante para hacer música como ustedes?

—preguntó Alicia.

—Lo principal es aprender a escuchar,

Alicia. Por un lado, aprender a escuchar la música; por otro lado, aprender a escuchar los sonidos del mundo. Y después aprender a expresar nuestros mensajes de un modo sencillo y directo.

Oscurecía en la sala. La tarde llegaba a su fin, y cuando se levantaron para despedirse, Alicia notó que don Gonzalo abría y cerraba con nerviosismo su pequeño maletín. Al fin se decidió y, ya en la puerta, abrió finalmente la cremallera y sacó el último CD de Doctor Krápula, se lo pasó a Mario con un lapicero, y le dijo:

— Señor don Krápula: ¿usted me puede dar un autógrafo? Es... es... para mi niña —dijo, nervioso.

— ¿Usted tiene una niña? —preguntó Alicia con curiosidad—. No me había contado...

Don Gonzalo se puso colorado y dijo:

— Pues todavía no, niña Alicia, ¡pero le tengo que ir preparando los regalos! ¡Y apúrate, que nos vamos por la autopista del rock!

Alicia se rió y Mario le hizo un guiño mientras ponía su autógrafo en el disco.



## El ballet del mundo



Cuando Alicia llegó a la oficina de El Safari, se encontró con todo un espectáculo: don Gonzalo había corrido el escritorio; a sus pies estaba un tambor y había invitado a un amigo que tenía una guacharaca en la mano. Haciéndole una seña para que se sentara, don Gonzalo dijo:

—Eche, Lucho: uno, dos y...

Y comenzó en ritmo de rap:

*Te quiero contar,  
te quiero contar  
todo lo que me dice la gente del rap.  
El rap se hace con fuerza,  
con naturalidad,*

*y no son vacías  
todas sus alegrías.  
¡No tienes que fijarte  
tan sólo en la corteza,  
aprovecha la fruta y deja a un lado la  
pereza!  
Te quiero contar,  
te quiero contar  
todo lo que me dice la gente del rap.  
Tú miras a tu lado  
y te encuentras con la gente,  
no puedes de ese modo seguir  
indiferente  
mirando el país  
como si no existiera,*

*pero todo lo dices con palabra ligera,  
que te haga pensar,  
que te haga reír,  
que te haga pensar en cuál es tu  
porvenir.*

— ¡Don Gonzalo! —exclamó Alicia cuando terminaron—. ¡Si son unos artistas!

— Ya lo ves, niña —dijo don Gonzalo, muy contento—. Aquí con el viejo Lucho, maestro de la guacharaca.

— Pero yo no sabía que en el rap se utilizaba la guacharaca... —dijo Alicia, dudando.

— Lo que pasa, niña, ¡es que nosotros vamos por la autopista del rap mestizo! —dijo don Gonzalo con tono triunfal.

Alicia se rió, contenta por la ocurrencia, y le dijo:

— ¡Aprende rápido, don Gonzalo!

— Claro, niña Alicia. Pero dime: ¿dónde es el viaje de hoy?

— Hoy vamos a viajar al mundo de la danza y el ballet.

— ¡Ah, qué bueno! ¡Como quien dice que vamos a mover el esqueleto! Eso sí te lo puedo enseñar, niña: pones la musiquita, y purrún, purrún, dos vueltas... y ¡pum! —dijo don Gonzalo mientras comenzaba a bailar.

Alicia lo miró, y luego le dijo:

— No creo que sea tan sencillo... Pero vamos a la biblioteca, porque nuestro día va a ser agitado: ¡tenemos que encontrarnos con Gloria Castro antes de la función!

— ¿Qué función? —preguntó don Gonzalo.

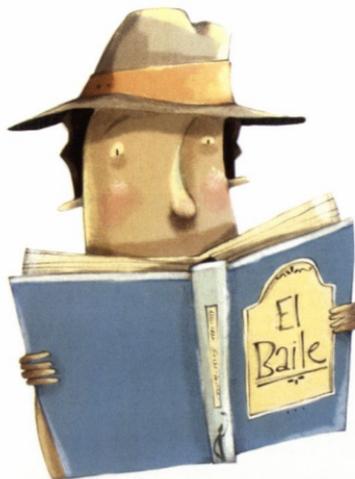
— La de ballet a la que vamos a ir por la noche. Hoy se presenta Incolballet.

— Incolba... ¿qué?

— Incolballet, don Gonzalo: ¡uno de los primeros institutos de ballet clásico de Colombia! —dijo Alicia con orgullo—. Y Gloria Castro es la directora, así que vamos a hablar con ella antes de la función.

— ¡Eche!, viejo Lucho: ¿se nos pega?

— Otra vez será, don Gonza: ahora me tengo que ir a seguir ensayando.



Vaya, vaya usted... —dijo Lucho, un moeno alto y delgado, de pelo liso hasa los hombros.

Cuando Lucho salió, Alicia le preguntó a don Gonzalo:

—¿Todo listo?

—¡Claro, niña! —repuso, poniéndose su sombrero de explorador.

\*\*\*

Cuando llegaron al hotel en el que estaba Gloria, don Gonzalo tenía la cateza vuelta un ocho. Ella los esperaba en el recibidor. Don Gonzalo hizo traer unos jugos para los tres, y luego, con cierto embarazo, preguntó:

—Seño Gloria: ¿cómo es eso de los coreógrafos?

—Coreógrafos, don Gonzalo; coreógrafos —aclaró Gloria.

—Es como vimos en la biblioteca —explicó Alicia—. Son las personas que se encargan de hacer que todos los elementos del ballet estén en el lugar preciso, en el momento preciso. Ellos son como el director de la orquesta,

que no toca ningún instrumento, pero se encarga de que todas las personas hagan su parte correctamente. ¿Es así? —preguntó al fin, esperando la aprobación de Gloria.

—¡Cierto! Veo que has investigado ya sobre el asunto —dijo Gloria.

—¡No me va a decir que usted también es investigadora! —interrumpió don Gonzalo.

—El ballet, la danza y el baile no existirían sin investigación, don Gonzalo. Todas las personas que se dedican al ballet son investigadoras, porque el ballet es producto de...

... de la investigación, del pensamiento y de la invención —interrumpió don Gonzalo—. Me parece que ya he oído eso antes; ¿verdad, niña Alicia?

Alicia se rió y le contó lo que habían hablado antes con Yolanda y Mario sobre la literatura y la música. Gloria se quedó pensando por unos segundos, y luego les dijo:

—Pues es completamente cierto. En el ballet la investigación es la base de todo. ¿Usted sabe bailar salsa, don Gonzalo? —preguntó de pronto Gloria.

—¡Eche! ¡Claro, niña!

—Pues a partir de la salsa, se puede hacer ballet —dijo—. Esa es una de las obras que realizamos en Incolballet, y fue el producto de años de investigación, de ensayos y de trabajo. Se llama *Barrio Ballet*.

—¡Yo la vi! —exclamó don Gonzalo. Era buenisísima, pero era muy rara.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Gloria con curiosidad—. Don Gonzalo se quedó pensando un minuto, y luego le respondió:

—Pues porque era ver bailar salsa, pero diferente, y al mismo tiempo era como ver una película.

—Pues de alguna manera era eso, don Gonzalo —dijo Gloria—. Duramos muchos años investigando la salsa, que es un baile popular que disfruta todo el mundo, y buscamos lo que

representaba la salsa para las personas, y las historias de la vida de las personas que vivían la salsa. La investigación, en este caso, era en varias direcciones: por un lado, **entender la salsa** como expresión; por otro lado, **entender a las personas y sus historias**, y por otro más, **entender la ciudad y los barrios**, que es donde la salsa ocurre. Y con todos estos elementos, se produjo *Barrio Ballet*, que es una obra que expresa lo que significa la salsa en la vida de las personas, pero con el lenguaje de la danza.

—¡Ajá! ¿Y cómo es eso del «lenguaje de la danza»? ¿Ahí también hay ortografía? —preguntó don Gonzalo, mientras revisaba su libretita de apuntes. A Gloria le dio risa el comentario y respondió:

—No, don Gonzalo; en la danza no hay ortografía, pero sí es un lenguaje, porque la danza y el ballet son también medios de expresión. Y recuerde la razón: el cuerpo también produce mensajes, y esos mensajes se comunican a través de la danza.

—¿El lenguaje del cuerpo?  
—preguntó don Gonzalo, otra vez con cara de confundido.

—Sí. No es tan raro como parece. Todas las personas utilizamos el cuerpo como un medio de expresión, y nuestros movimientos son como las palabras de ese lenguaje.

—Ajá —dijo don Gonzalo, todavía sin entender del todo, y luego, mirando a Alicia, le preguntó—: ¿y tú sí estás entendiendo, niña?

Alicia no le dijo nada. Simplemente se paró, se puso la chaqueta sobre la cabeza y comenzó a dar pequeños saltitos lentos en zigzag en el recibidor del hotel, como si escogiera dónde ponía el pie.

—¡Ya te volviste loca, niña! ¡Pero si aquí no está lloviendo para que estés saltando charcos! ¡Qué pena con la señora Gloria! —dijo don Gonzalo.

Gloria se volvió hacia él con una gran sonrisa y le dijo:

—¿Ve, don Gonzalo? Aquí no hay charcos ni está lloviendo, pero usted

entendió el lenguaje del cuerpo de Alicia, sin que ella le dijera ni una sola palabra.

—¡Epa! —exclamó don Gonzalo, comprendiendo de golpe mientras Alicia volvía a sentarse—. ¡El lenguaje del cuerpo! Pero dígame una cosa, señora Gloria: ¿al fin cómo se llama eso? ¿Baile? ¿Danza? ¿Ballet?

—Son palabras que se usan para nombrar cosas distintas pero muy





relacionadas —le explicó Gloria—. El **baile** consiste en mover las diferentes partes del cuerpo en forma coordinada, siguiendo un ritmo, y casi siempre lo hacemos a partir de la música.

—Como el vallenato —dijo don Gonzalo.

—Sí. Con su pareja, usted mueve al mismo tiempo los brazos, las piernas, las caderas... pero lo hace «siguiendo el ritmo» de la música. Eso es bailar. La **danza**, en cambio, es una transformación de los movimientos normales en movimientos armónicos extraordinarios, porque la danza nació como arte sino como un medio de

comunicación mágica con fuerzas superiores —le explicó Gloria.

—¿En la danza también se meten con los espantos? —preguntó inmediatamente don Gonzalo, cogiendo su amuleto de la suerte.

—¡Don Gonzalo! ¡Usted no está poniendo atención! —lo recriminó Alicia.

—¡Anda, niña, yo estoy requeteconcentrado! Sólo que... ¡siempre meten a las fuerzas superiores! Pero seño Gloria: no me ha dicho todavía qué es eso del ballet.

Alicia le hizo un gesto de desaprobación, pero guardó silencio mientras Gloria decía:

—El **ballet** es una de las formas de la danza, y se distingue porque tiene un componente teatral. Para que me entienda: en el ballet no sólo hay una transformación de los movimientos a través de la danza, sino que también hay una composición narrativa que desarrolla una secuencia de escenas a partir de personajes y situaciones, pero todo esto se realiza con el lenguaje del cuerpo y del movimiento.



Y si usted lo mira bien, don Gonzalo, el mundo entero es como un gran ballet, en el que sólo vemos a las personas moviéndose al compás de una música compleja que produce la vida.

—¡El ballet del mundo! —dijo don Gonzalo.

—Y... ¿es muy difícil hacer ballet?  
—preguntó Alicia.

—No es fácil porque en el ballet la obra de arte es como una realidad conquistada a fuerza de trabajo,

de dedicación, de disciplina y de conocimiento. Normalmente se necesitan muchos años para hacer las cosas bien.

Alicia hizo cara de desánimo, por lo que Gloria le dijo con amabilidad:

—Pero no es imposible, Alicia. Además, el verdadero coreógrafo no es aquel que cree haber llegado a la meta, sino el que prefiere estar siempre en el camino.

Gloria miró su reloj y, poniéndose en pie, les dijo:

—Ahora, ¡vamos a la función!



# La huella del fuego

— ¡Usted se está enloqueciendo!

— exclamó Alicia al ver a don Gonzalo dando vueltas sobre las puntas de los pies, en una oficina que ahora parecía un escenario de ballet.

— ¡Estoy practicando desde las seis de la mañana! — exclamó don Gonzalo, cubierto de sudor. Y luego, mirando el reloj de la pared, agregó—: aspiro a ser bailarín al final del día...

— ¡Don Gonzalo! — le reprochó Alicia, entre escandalizada y divertida—. ¿No recuerda que Gloria nos dijo que ser bailarín toma muchos años?

— ¡Eche! ¡Pero creo que alguien tan dotado como yo se demorará un poquito menos! ¡La señora Gloria no me vio bailando vallenato!

— Pues es mejor que se arregle porque hoy tenemos otro viaje.

— ¿A dónde quiere ir la niña Alicia? — preguntó haciéndole una reverencia profunda y lenta — ¡El Safari la lleva a cualquier mundo!

— Hoy vamos a visitar el mundo de la pintura — respondió Alicia, divertida por los gestos exagerados de don Gonzalo, que quería todo el tiempo simular pasos de danza.



—¡Pues en diez minutos me tienes aquí, niña! —dijo el otro, y se retiró dando vueltas y saltos hasta desaparecer en el fondo de la casa.

Cuando pasaron algo más de quince minutos llegó de nuevo hasta la oficina y tomó de la mano a Alicia; salieron caminando por la ciudad, y ella comentó:

—A que no sabe con quién hablaremos hoy.

—¡Pues no, niña! No me has dicho hasta ahora...

—Hoy vamos a la casa de Ana María Rueda.

—Ana María Rueda... —dijo don Gonzalo, tratando de recordar—. Me suena, niña Alicia; me suena. ¿Es pintora, supongo?

—Sí, es una gran pintora, y su casa nos queda de camino. Pero primero...

—... pasamos a la biblioteca —interrumpió don Gonzalo, remedando a Alicia, que se rió de buena gana ante la imitación.

Tras salir de la biblioteca, almorzaron y después se tumbaron por unos minutos en un prado, bajo el sol.

—¿Qué me dice de la pintura?

—preguntó Alicia.

—¡Eche!, niña: ¡hoy no me vas a corchar! Para que vayas sabiendo, la pintura es un lenguaje.



—¡Epa, don Gonzalo! —exclamó Alicia.

—Y no sólo eso: te digo que es el lenguaje de la imagen —siguió don Gonzalo, orgulloso de la atención que le ponía la niña—, porque la imagen también tiene un lenguaje.

—¿Y cómo es ese lenguaje?

—preguntó Alicia.

—Pues niña: ese lenguaje es distinto de los otros, porque en éste hay varios elementos: la forma, el color, el contraste, la luz...

—¡Qué juicioso estuvo hoy!

—exclamó de nuevo Alicia—. ¿Y qué más me puede decir de la pintura?

—Para que lo vayas sabiendo, niña, la pintura puede ser figurativa o abstracta.

—¿Y cómo es cada una? —preguntó Alicia.

—Pues figurativa es cuando es figurativa, y abstracta cuando es abstracta —dijo don Gonzalo.

—Eso no me ayuda mucho, don Gonzalo —replicó Alicia—. Es como si me dijera que blanco es blanco y negro es negro...

—¡Bueno, lo que pasa es que no me las sé todas! —respondió él—. A ver: ¿qué es eso de figurativa y de abstracta?

—La pintura figurativa, don Gonzalo, es aquella en la que se representan las formas de los objetos que vemos, o sea que mantiene la figura de las cosas, y puede respetar o alterar sus características.

—¿Cómo así que sus características y no sé qué?

—La idea es que en la pintura podemos representar un banano, pero el banano puede ser rojo, azul o de cualquier color; sin embargo, siempre reconoceremos el banano. Por eso se dice que en la pintura se pueden respetar o alterar las características de las cosas.

—¿Y la pintura abstracta?

—En la pintura abstracta lo que se hace es presentar una idea o un concepto a través de la imagen. En ese caso, no se están pintando cosas que veamos a través de los ojos, sino objetos que podemos ver a través de la mente.

—¿Ver a través de la mente?  
—preguntó curioso—. ¿Cómo es esa vaina?

—No es tan complicado. Imagínesse que usted no quiere pintar una persona feliz, sino que quiere pintar la felicidad: ¿cómo haría?

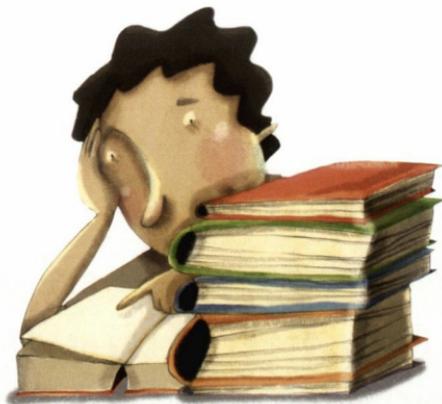
Don Gonzalo se quedó pensando por unos segundos, y luego respondió:

—Pues pintaría una risa, niña  
—contestó dudoso.

—Muy bien. Pero se dará cuenta de que cuando pinta una risa sin cara, sólo está pintando una línea curva. En ese caso, la línea curva sería la imagen de la felicidad, y cuando usted mirara su cuadro, no vería sólo una línea curva, sino lo que se ve a través de la mente. ¿Me entiende?

—¡Yo lo que veo a través de la mente es que nos está cogiendo la noche, niña!  
¡Anda, vamos, que tenemos que hablar con la seño Ana María!

Al llegar, Ana María los hizo pasar a la sala, donde se quedaron contemplando el jardín del fondo de





la casa, lleno de plantas de distintos tamaños, que daba una gran frescura al lugar. Luego, Alicia preguntó:

—Ana María: ¿cómo hace para pintar un cuadro?

—Es un camino largo, Alicia —respondió ella suavemente—.

Cuando se va a pintar un cuadro todo pare de una idea lejana, y es el cuadro mismo el que te va diciendo poco a poco por dónde ir.

—¿Los cuadros le hablan?

—preguntó asombrado don Gonzalo a Alicia. Ana María se rió, y siguió:

—Sí, don Gonzalo, los cuadros hablan, pero su voz es una voz secreta, que en ocasiones viene con una gran calma, pero en otras con un ímpetu inmenso. Así que normalmente partes de una idea que viene desde dentro de ti, y la labor más importante es escuchar tu interior, sentir tu interior, para que luego se vaya transformando en una imagen,

de manera que puedas expresar tu sensibilidad a través del color y de las formas.

—¿Y cómo se hace para saber qué es lo que se va a pintar? —volvió a preguntar Alicia.

—Lo primero es mirar, Alicia; aprender a mirar —contestó Ana María.

—¡Yo sé mirar mucho! —interrumpió don Gonzalo, pero se calló cuando Alicia lo miró muy seria. Ana María continuó:

—Mirar es el primer paso de la investigación en la pintura, y es un oficio que requiere mucha dedicación, don Gonzalo. Al comienzo, yo quise pintar la tierra, mi sensación más íntima de la tierra, y empecé por mirar el mundo a mi alrededor; entonces descubrí el horizonte, y supe que ese era mi lugar personal, de modo que comencé a pintar la tierra a partir del horizonte. Pero luego, mirando y mirando más, llegué

hasta el agua, y el agua se hizo una cosa cercana que fluía todo el tiempo, y después vinieron la semilla, la hoja, el árbol, y poco a poco fui viendo que en el oficio de mirar me había concentrado en el mundo a mi alrededor, y que mi sensación del mundo me llevaba hacia todo aquello que fluía, que crecía.

—Entonces todo fue así, ordenadito...

—dijo don Gonzalo, acomodándose en el sofá.

—No precisamente —replicó Ana María—. Verá: es como ir por un camino a saltitos, yendo y viniendo entre la sensación y la idea; muchas veces hay que hacer rodeos muy grandes, porque no siempre estamos preparados para expresar una idea, y tenemos que dar todo de nosotros para encontrar la imagen de esa idea.

—Como quien dice que se le enreda lo de la invención con el pensamiento y la investigación —dijo don Gonzalo—.

—Eso es —repuso Ana María—. En el camino de la investigación hay que dar rodeos, porque en la pintura buena parte del trabajo es hacerse preguntas, y muchas de ellas no tienen una respuesta inmediata.

—¿Y es que la seño se sienta delante del espejo y se pregunta cosas?

—preguntó don Gonzalo, mirándola con desconfianza. Ana María sonrió, y le respondió:

—No exactamente, porque no me tengo que mirar en el espejo. Pero las preguntas que me hago son la base del trabajo que realizo. Usted es de la costa, ¿verdad?

—¡Eche! —dijo don Gonzalo—. ¡Pues claro, seño!

—Y entonces ha estado en el mar muchas veces.

—¡Eche! —volvió a decir don Gonzalo.

—¿Y alguna vez ha contado cuántos colores tiene el mar? —preguntó Ana María.

Don Gonzalo la miró, un poco confundido, y luego le dijo:

—Pues el mar tiene el color del mar, creo yo...

—El mar tiene cientos de colores, don Gonzalo. Casi siempre lo pintan azul, pero si usted recuerda...

Don Gonzalo se quedó pensando en el mar, y después de algunos momentos dijo:

—¡Y sí! Pues es cierto, el mar tiene un montón de colores. Uno cuando es hondo, otro en la orilla, otros cuando hay corales, otros con sol, otros...





—Muchos, muchos colores —dijo Ana María—. De modo que si quisiera pintar el mar, tendría que comenzar a investigar **cuáles** son los colores del mar; y luego, tendría que averiguar **cómo** se pueden producir esos colores con los tintes y las pinturas; y después, tendría que saber **qué quiero decir** del mar...

—¿Cómo así? —preguntó Alicia.

—Es sencillo, Alicia: la pintura no es sólo un **reflejo** de lo que vemos.

—comentó Ana María—. La pintura es una **expresión personal** de lo que vemos, de lo que sabemos y de lo que sentimos, de manera que en la investigación uno de los asuntos que tenemos que averiguar es qué sentimos, y cómo deben mezclarse todos los elementos para comunicar eso que sentimos y pensamos a través de nuestra obra.

—Y, cambiando de tema, ¿qué pinceles hay que utilizar? —preguntó Alicia.

—No siempre son pinceles, porque

la idea que quieres expresar también te dice qué debes utilizar. En ocasiones yo he usado el fuego para pintar.

—¿Pinta con candela, señor? —dijo don Gonzalo, asombrado.

—Sí —respondió—. El fuego también puede usarse como forma de expresión; en varias de mis obras he dejado la huella del fuego, mostrando cómo puede ser una forma de la renovación y de la vida. Y también he pintado el aire, la luz, y he hecho muchas fotografías en las que el agua es ese inmenso mundo interior en el que nos sumergimos...

—¡Eche!

—exclamó don Gonzalo —¡Eso sí que suena difícil!

—Sólo hay que aprender a mirar; aprender a sentir y a mirar —le explicó Ana María.

La tarde había caído. Al despedirse, Venus brillaba, potente, en el cielo despejado.

# Un mundo de piedra

—Lo que pasa es que Ana María es una fotopintoescultora —dijo Alicia.

—¿Cómo? ¿Escultofotopintora?  
¿Pintoesculpopintora?  
¿Fotoesculpopintora? —balbuceó don Gonzalo, confundido.

Alicia se rió, al ver el esfuerzo que hacía don Gonzalo por pronunciar la palabra, y le dijo:

—También se puede decir así, si usted quiere. Lo que yo quiero explicarle es que Ana María no sólo es pintora, como se usaba antes, sino que mezcla las técnicas y las formas para que la impresión final sea lo que ella quiere expresar.

—¿Y eso se vale? —preguntó él.

—¡Pues claro! —dijo Alicia—. ¿No vio todo lo que hace Ana María? Pero hoy vamos a conocer un nuevo mundo: vamos a viajar al mundo de la escultura.

—¡Ah! ¡Eso es fácil, niña!: yo hice una escultura cuando era pequeñito. Coges una piedra, un martillo, un cincel, y purrún, purrún, dos vueltas... y ¡pum! —dijo don Gonzalo.

—¿De veras hizo una escultura?  
—preguntó Alicia, curiosa.

—Bueno: lo que se dice «una escultura», «una escultura», no sé. Pero que me quedaron los dedos llenos de moretones, eso sí que te lo digo, niña. ¡La escultura es un oficio de alto riesgo!

Alicia rió con la ocurrencia de don Gonzalo, pero luego se puso seria y le dijo:

—¡Vuélvase serio!

—¡Eche!, niña Alicia: deja esa cara, que nos vamos para la biblioteca —respondió él.

—Por lo que veo, últimamente le están gustando las bibliotecas.

—¡Pues claro, niña!: es como ir al lugar de todas las cosas.

—El lugar de todas las cosas —repitió Alicia—. Nadie me lo había dicho tan bien, don Gonzalo.

Unas horas después, cuando salieron de la biblioteca, don Gonzalo dijo:



—Ahora sí: ¡pregunta, niña, que hoy me las sé todas!

Alicia lo miró complacida, porque en efecto don Gonzalo había estado muy atento estudiando varios libros sobre escultura, y además lo vio consultando un diccionario para aclarar las dudas que tenía.

—Pues dígame qué saca en claro.

—¡Eche! A que no sabes qué es lo primero —dijo él, y aguardó un instante antes de agregar—: ¡que la escultura es un lenguaje!

—¡Muy bien! ¿Y qué tiene de particular ese lenguaje? Porque hemos visto que todas las artes son formas de lenguaje, pero todas tienen algo de particular.

—Te puedo decir que este lenguaje es el lenguaje de los materiales y las formas —le contestó don Gonzalo, concluyente. Alicia le hizo un gesto de duda, dándole

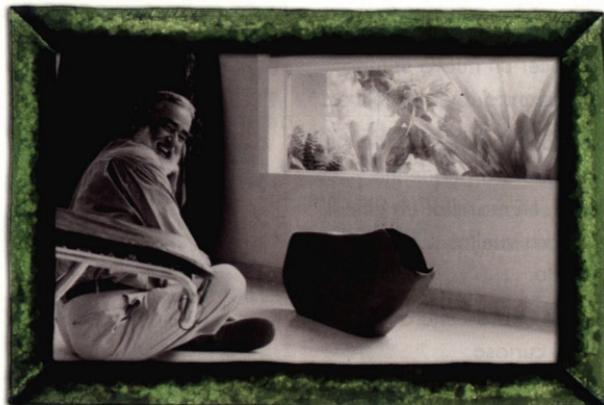
a entender que su explicación no era muy satisfactoria, por lo que don Gonzalo agregó—: ¡pues niña, hay que dártelo todo molido! Es el lenguaje de los materiales y las formas porque consiste en usar cualquier material como medio para expresar ideas, o como instrumento para representar cosas.

—¿O sea que no sólo se usa la piedra? —preguntó Alicia.

—¡Qué va! Si puedes usar lo que quieras, niña: piedra, papel, hierro, barro... Y no sólo eso, sino que puedes hacer esculturas de muchas maneras.

—¿Cómo así de muchas maneras? —preguntó Alicia.

—Pues cuando usas una piedra, lo que haces es una **talla**, que consiste en ir quitando pedacitos de la piedra hasta que te quede la forma que quieres tener. Pero otra forma es el **modelado**, que se utiliza con materiales blandos,





como el barro, y lo que haces es darle forma paso a paso hasta que tienes tu escultura; hay otra manera, que es el **vaciado**, que se emplea con materiales como el bronce, el hierro o el acero.

—¿Y por qué se llama **vaciado**?  
—volvió a preguntar Alicia.

—¡Eche! Pues porque tú primero haces el molde vacío, y cuando lo tienes listo, le echas el metal fundido adentro, de modo que el metal toma la forma de la figura que tenías en el vacío —aclaró don Gonzalo.

—Pues así como lo está diciendo, suena más difícil que hacer purrún, purrún, dos vueltas y pum... —dijo Alicia con picardía.

Don Gonzalo puso cara de ofendido, y le respondió:

—Déjate de esos comentarios, niña, que ya estamos llegando a donde don Hugo.

—¿Cuál Hugo? —preguntó Alicia.

—Don Hugo Zapata, niña, el escultor con quien vamos a conversar hoy. ¿Te está fallando la memoria?

—¡Hugo Zapata, el inventor!  
—exclamó Alicia.

—¿Cómo así que el inventor?  
—preguntó don Gonzalo—. ¿No me habías dicho que era escultor?

—Sí, pero sucede que para poder trabajar en la escultura, él ha tenido que inventar varias máquinas que le permitan trabajar la piedra, y además ha hecho investigaciones muy extensas sobre ese material. ¿Usted sabía que él tiene un método para hacer que la piedra se vuelva blanda?

—¿Que la piedra se vuelva blanda?  
¡Eche! —exclamó don Gonzalo, asombrado.

—Sí. A veces Hugo hace polvo de la piedra, y luego la manipula hasta

convertirla en la forma que él quiere, pero conservando la textura de la piedra, de modo que ésta se hace blanda.

—¡Ingenioso el tipo! —dijo don Gonzalo.

—Como dice él: lo que tiene límites no es la tecnología, sino la mente. Por eso, cuando la persona sabe utilizar la mente, encuentra maneras nuevas de usar el conocimiento para crear cosas nuevas.

Alicia miró el número de la calle y reconfirmó la dirección que traía en un pequeño papelito.

—Ya llegamos —dijo, y tocó el timbre.

Hugo los hizo pasar hasta la sala. Allí se sentaron en dos sillones grandes y cómodos, desde donde podían ver gran cantidad de figuras de diverso tamaño labradas en piedra.

—Veníamos hablando acerca de usted

—le dijo Alicia a Hugo—. Don Gonzalo estaba asombrado de que, además de ser escultor, usted también fuera inventor.

—Claro, don Gonzalo —dijo Hugo—. Y para ser escultor también hay que ser investigador, músico y poeta.

—¿Músico también? —preguntó asombrado don Gonzalo.

—Sí —replicó Hugo, sonriendo—, porque si me preguntaran qué hay en la roca, yo respondería que en la roca hay un violonchelo, y que ese violonchelo hay que hacerlo sonar.

—¿Cómo llegó usted a ser escultor? —preguntó Alicia.

Hugo pensó su respuesta durante unos segundos, y luego respondió:

—Yo ahora soy escultor, pero hubo un tiempo en el que ni siquiera lo soñaba. Sin embargo, me enamoré de aprender y de investigar todo lo que veía en la naturaleza, y de ese modo



fui construyendo mi alfabeto personal, el alfabeto que me permitiera expresar lo que sentía y quería decir; cuando comencé, hacía acuarelas y grabados, pero me atraían mucho las piedras, que son el testigo del hombre, así que me metí a vivir en el laboratorio de geología. Y allí aprendí no sólo a distinguir las piedras, sino a conocer sus características más íntimas. Y después vinieron los viajes.

—¿Y por qué hizo viajes? —preguntó Alicia, curiosa, porque a ella le encantaba viajar.

—Porque tenía afán de averiguar más cosas sobre las técnicas y las formas —respondió Hugo—. En la China, por ejemplo, aprendí la forma en la que trabajan la piedra en las canteras, pero aprendí también que ellos mismos hacían sus herramientas. De ahí salió que aprendiera a inventar mis propias

herramientas y mis máquinas.

—¿Y cómo hace para saber si una escultura debe ser grande o pequeña? —preguntó Alicia de nuevo.

—Hay distintos tipos de esculturas. Algunas son pequeñas, porque el creador quiere hacer objetos diminutos que sean íntimos, como para acariciarlos y tocarlos; pero otras veces uno quiere crear una estructura que ha sido pensada para compartirla con los demás, como quien prepara una torta para un cumpleaños, y en ese caso se hace una escultura más grande, de modo que todos los que caminen por ahí sientan que esa obra es también de ellos.

—Dígame la verdad, don Hugo: ¿de dónde saca las ideas para sus esculturas? —preguntó don Gonzalo.

—Las ideas provienen de todas partes. En realidad, lo más importante



en la escultura es saber mirar y sentir, y luego tener la paciencia para aprender las técnicas y para ir a los lugares donde están las piedras más generosas, aquellas en las que encuentro las características más amables para expresar mis ideas. Pero la base de todo está en la mente.

—¿Y cuánto se demora haciendo una escultura? —preguntó Alicia.

Hugo pensó unos instantes, y luego dijo:

—A veces puedo hacer una escultura en una semana, pero también puedo tardar un mes, o un año, o cinco años... El artista es un investigador, y como investigador tiene que tomarse el tiempo que requiere cada pregunta, y esa búsqueda puede tener muchos caminos: unos largos y otros cortos.

La tarde comenzaba a declinar. Alicia y don Gonzalo agradecieron la hospitalidad de Hugo y se pararon para despedirse. En la puerta, don Gonzalo le dio la mano a Hugo y se quedó mirándola con atención, hasta el punto de que Alicia sintió un poco de vergüenza; entonces preguntó:

—¿Qué busca, don Gonzalo?

—No los veo —repuso él, examinando todavía la mano de Hugo.

—¿No ve qué? —preguntó Hugo, curioso.

—¡Los moretones, don Hugo! O me va a decir que usted no se machuca...

Hugo se rió de buena gana, y sus carcajadas todavía resonaban cuando Alicia y don Gonzalo se perdieron de vista al doblar la esquina.



# El mundo por un rotico

Alicia quedó asombrada al ver el nuevo juego de cinceles de don Gonzalo: era una cajita pequeña de madera, que contenía muchas cuchillas diferentes, las cuales se acoplaban a un mango delgado y suave. Después de examinarlo, Alicia preguntó:

—Don Gonzalo: ¿usted sabe para qué son todas estas cuchillas?

—¡Para hacer esculturas, niña!

—Claro; eso ya lo sé. Lo que le pregunto es por qué todas son diferentes y si sabe para qué sirve cada una.

—Pues saber, lo que se dice saber... todavía no tengo ni idea, niña. Pero espérate a que haga mis primeras tallas y te cuento —respondió don Gonzalo, confiado—. Pero eso no es nada comparado con las pinturas que encontré en el libro de un señor Robado —añadió.

Alicia puso cara de pocos amigos y le replicó:

—¿Cómo así que en un libro robado?



¡Eso no es correcto, don Gonzalo!

—No, niña; tú no me estás entendiendo. No es que me haya robado un libro, sino que existe un libro de pinturas de un señor que se llama Andrés Robado, que pinta paisajes.

—¿Andrés Robado? —se dijo la niña—. Pues la verdad es que no lo había escuchado.

—Espera y verás —dijo él, mientras se dirigía hasta un pequeño mueble sobre el que había un gran libro haciendo equilibrio en uno de los bordes. Lo trajo con cuidado y lo puso sobre el escritorio.

Alicia quedó hecha una estatua por unos segundos mirando la carátula, y luego exclamó:

— ¡Don Gonzalo! Este es *Colombia secreta*, pero por lo que veo usted tiene dos errores gigantes.

— ¿Cómo así que errores, niña? ¡Si ni siquiera he abierto la boca!

— Pues lo que sucede es que, en primer lugar, este libro no es de pinturas, sino de fotografías.

Don Gonzalo miró con atención la carátula, y abrió algunas de las páginas interiores.

— Pero ¿esto no es una pintura, niña? —le preguntó, señalándole una imagen que decía abajo: «Caño Cristales»—. Mira esto: un río pintado con el agua en colores...

— ¡Eso es una fotografía de Caño Cristales, que queda en la sierra de la Macarena! —dijo Alicia, contemplando la foto.

— ¿Una foto? ¡No me vayas a decir que hay agua de cinco colores, niña!

¡Eso no lo cree nadie!

Luego, volviendo a cerrar el libro, le señaló de nuevo la carátula y le dijo:

— ¿Y esto de aquí? ¿Me vas a decir que también es una foto?

— ¡Pues claro, don Gonzalo! Eso también es una foto.

— ¿Y esto, y esto? —insistió don Gonzalo, abriendo varias páginas y señalándole las imágenes.

— Y... ¡ajá! —se limitó a decir Alicia, con una sonrisa en la boca.

Don Gonzalo examinó con atención las fotografías y luego dijo, con algo de desconsuelo:

— ¡Yo creía que había encontrado el mejor inventor de paisajes del mundo!

— Pues en eso usted tiene mucho de razón; pero ¿recuerda que le dije que tenía dos grandes errores?

— Sí, niña; y también me acuerdo de





que sólo me has dicho uno —respondió.

—Su segundo gran error consiste en que el autor de este libro no se llama Andrés Robado, como usted dice, sino Andrés Hurtado García. Tiene que poner más atención cuando lea, don Gonzalo —dijo Alicia con tono de reproche.

—¡Anda! —exclamó don Gonzalo, mirando la carátula—. ¡Y es cierto! No es Robado, sino Hurtado. ¿Y qué diferencia hay? ¿Decir robado no es decir hurtado? —preguntó al fin.

—No. Los apellidos de las personas son como son, y no los podemos cambiar aunque haya algunos para los que tenemos palabras afines.

—Pues de todos modos... ¡qué desilusión! —dijo don Gonzalo, compungido.

—¿Por qué desilusión? —preguntó Alicia, animosa—. ¡Al contrario, don Gonzalo! Tenemos una fiesta de paisajes que existen, y el hermano Andrés Hurtado nos ha hecho el favor de contarnos que todos esos paisajes están en Colombia. ¡Eso es para vivir orgulloso todo el tiempo!

—¡Eche! ¿Y es que don Hurtado es hermano tuyo, niña? —preguntó don Gonzalo.

—No. Lo que sucede es que Andrés Hurtado García, además de ser un

fotógrafo maravilloso, es un hermano marista, y pertenece a una comunidad que se dedica a la educación alrededor del mundo. Por eso mucha gente lo llama hermano Andrés.

— ¡Pues yo quisiera saber de dónde saca estos lugares el hermano Andrés! — dijo él.

— Puede que hoy sea su día de suerte — repuso Alicia —, porque podemos ir a visitarlo para preguntarle.

— ¡Eche! ¿A dónde hay que ir?

— Es cerca. Pero primero vamos a averiguar algunas cosas sobre la fotografía.

\*\*\*

Después de salir de la biblioteca, fueron caminando hasta el colegio donde enseñaba el hermano Andrés. Allí los hicieron seguir a una salita, donde se sentaron.



— ¿Y qué piensa ahora de la fotografía? — preguntó Alicia.

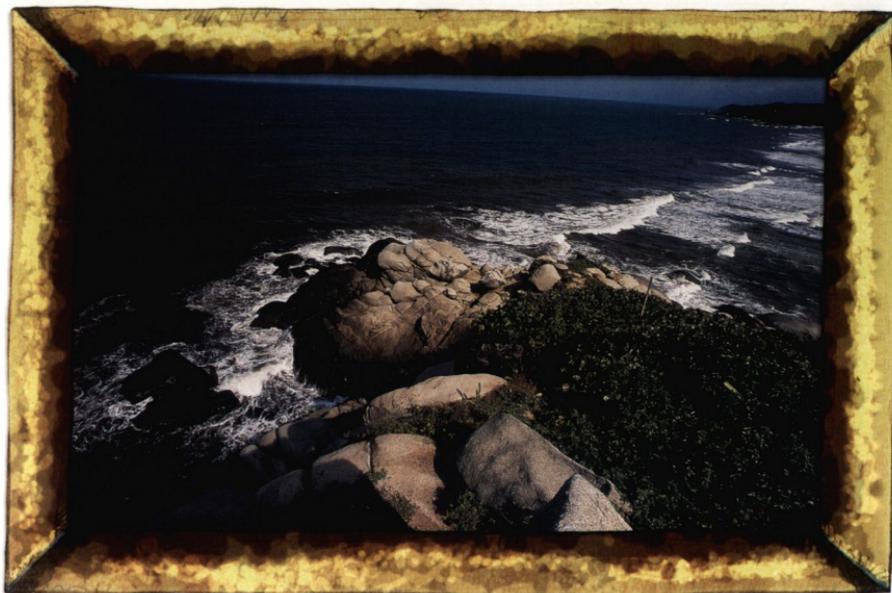
— ¡La fotografía es magia! — dijo don Gonzalo, lacónico. Alicia rió del comentario.

— Sí. Lo entiendo. La fotografía parece magia pura, pero es un invento de la humanidad. ¿Vio a algunos de los artistas de la fotografía?

— Claro, a varios, pero no te digo los nombres, no sea que me regañes.

— Yo no lo regañé sin razón, don Gonzalo, sino porque usted se confundió con el apellido del hermano Andrés. Ahí viene — añadió Alicia, al ver que entraba por la puerta.

El hermano Andrés los hizo seguir al interior del colegio, y allí se pusieron a conversar, mientras sus alumnos jugaban en el descanso.



—Don Gonzalo creía que usted era pintor —dijo Alicia.

—¡Pero porque esos lugares parece que no existieran! —replicó don Gonzalo, excusándose. Andrés sonrió y les dijo:

—Lo que sucede es que la gente no se da cuenta de lo que tiene al alcance de la mano. Los colombianos no viajan por Colombia para conocer las maravillas que tiene este país.

—¿Y cómo se hace una fotografía? —preguntó Alicia.

—Para hacer una fotografía hay que saber de cámaras y del manejo de la

luz: esa es la técnica. Y el aprendizaje de la técnica requiere mucho estudio e investigación, sobre todo en lo que tiene que ver con la óptica y con otras ramas de la física. Y hay que investigar también sobre la composición...

—¿Y es que para hacer fotografía hay que hacer música? —interrumpió don Gonzalo, asombrado. Andrés se rió, y le respondió:

—No. Lo que sucede es que «componer» no es sólo hacer música, sino que significa «poner con», o sea unir diferentes elementos en un solo conjunto. Y cada fotografía es el producto de un estudio de composición,



en el que tiene que decidirse qué se deja en la foto para expresar lo que queremos. Pero lo más importante para hacer una fotografía es el universo interior, y comprender lo maravilloso que es el mundo.

—¿Y usted viaja mucho? —volvió a preguntar Alicia.

—Viajo cada vez que puedo, y casi siempre a la montaña, porque allí encuentro la paz y el recogimiento que necesito. Y he viajado alrededor de todo el mundo, estudiando, investigando y haciendo fotografías, desde la China hasta Islandia, y por eso les puedo decir que Colombia es el país más bello del mundo.

—¿O sea que hay que ser investigador para tomar fotos? —preguntó don Gonzalo.

—De cierto modo sí; pero hay

que ser un investigador hacia dentro y hacia fuera

—respondió Andrés.

—¿Cómo así? —preguntó Alicia.

—Un explorador hacia fuera, porque en la fotografía se puede captar el mundo a través de la cámara; pero también un explorador hacia dentro de uno mismo, porque el mundo interior es el que permite apreciar y comprender lo de afuera. En la fotografía, como en todos los oficios, es necesario que el ser humano busque su propia voz.

—¿Y qué le recomendaría usted a una persona que quisiera ser fotógrafa?

—Que estudie, que viaje por nuestro país y que lo cuide. Y además, que recuerde las palabras de Antoine de Saint-Exupéry, el autor de *El principito*: «Lo esencial es invisible a los ojos».

—¿Cómo así que lo esencial es invisible a los ojos? ¿Y entonces qué se ve en la fotografía? —preguntó don Gonzalo, un poco desconcertado.

—Lo esencial es invisible a los ojos. La fotografía nos puede mostrar las maravillas del mundo que nos rodea, que son muchas; pero lo esencial es lo que se tiene dentro de uno mismo, que es lo que le permite apreciar y comprender esa belleza, así como también compartir con las demás personas.

Andrés miró su reloj y luego dijo:

—Y ahora ustedes me perdonarán,

pero tengo que regresar a clase... —y se despidieron en el corredor del colegio.

Después de unos segundos, don Gonzalo dijo:

—Y pensar que todo el mundo cabe por un rotico...

—¿Cómo así, don Gonzalo?  
—preguntó Alicia, curiosa.

—¡Pues por el rotico de la cámara, niña! ¡Por el rotico de la cámara!

Alicia se rió, y los dos se fueron caminando lentamente hasta la salida del colegio.



## Escuela de Artes El Safari



Cuando Alicia llegó a la oficina de la agencia de viajes El Safari, lo encontró todo cambiado: instrumentos grandes y pequeños, cámaras, lienzos en blanco junto a las paredes, un gran espejo, grupos de zapatillas de ballet y otra multitud de objetos llenaban la antigua oficina. Sobre el dintel, don Gonzalo estaba instalando un nuevo cartel, que decía: «El Safari: Escuela de investigación en Artes». Alicia lo miró con curiosidad, y cuando don Gonzalo bajó, le dijo con una sonrisa pícaro:

—Don Gonzalo: ¿no le parece un poco extraño que una escuela de artes se llame El Safari?

—Pues yo no veo por qué, niña. A fin de cuentas, hemos estado viajando entre peligros todo el tiempo —repuso don Gonzalo, muy alegre.

—¿Cómo así que entre peligros? ¿Le han parecido peligrosos nuestros viajes?

—preguntó la niña, con extrañeza.

—¡Que si peligrosos! ¡Pero si todo el tiempo hemos estado hablando con gente que dice que se la pasa viendo y oyendo cosas! ¡Eso es más peligroso que andar rodeado de leones! Te digo que estuve a punto de escribir en el aviso: «Viaje con nosotros al otro mundo», pero se me espantaba la clientela...

Alicia se rió. Y luego, sacando de su pequeño bolso un paquete envuelto muy finamente, se lo dio a don Gonzalo, diciéndole:

—Tenga. Es un regalo. No tenía dinero para comprarle algo hecho... —dijo la niña, como excusándose.

Don Gonzalo lo recibió y, con mucho cuidado, comenzó a soltar el nudo de la cinta que lo cubría. Al abrirlo, se sentó en la acera y se puso a mirar lo despacio, mientras dos lágrimas

aparecían en sus ojos: era sólo un pequeño cuadernillo de notas en el que Alicia había pintado a don Gonzalo en su visita a cada uno de los mundos por los que habían estado. Don Gonzalo se hallaba muy conmovido.

—Esto es lo mejor que me han regalado hasta ahora, niña Alicia —dijo, con los ojos llorosos, mirándola de lado. Luego se quedó observando uno de los dibujos, y le dijo a Alicia en tono muy serio:

—¡Pero tú no estás en las pinturas, niña! ¡Eso no se vale!

Alicia se rió y le dijo:

—No se preocupe, don Gonzalo: tengo que irme, pero con su escuela de artes, usted me va a poder pintar en todos los sitios

donde falte. ¿No le parece?

—¿Cómo así que «tengo que irme»? ¡Tú estás loca, niña! Ven para acá —le dijo, y la arrastró de la mano hasta el centro de la oficina, donde había puesto un aviso en letra muy cuidada, con tinta china, que decía: «Alicia y Gonzalo: instructores»—. No me vas a dejar con el letrero hecho, ¿verdad?

Alicia se rió y le respondió, todavía sonriendo:

—¡Don Gonzalo! ¡Recuerde que los caminos de la investigación son muy complicados! No estamos preparados para ser instructores, ¿no le parece?

—Todavía no, niña, pero tengo un plan...

Y don Gonzalo se quedó con Alicia, hablándole durante horas sobre su nueva escuela de artes.





Bogotá - Colombia  
Los derechos de este libro pertenecen a  
Colciencias. Está prohibida su reproducción  
parcial o total mediante cualquier recurso o  
procedimiento, sin permiso de Colciencias.





*En Manos a la obra. ¿Qué hay detrás de una obra de arte?*, Alicia y don Gonzalo nos guiarán hacia un divertido encuentro con artes como la literatura, la pintura, la música, la escultura, la fotografía y el ballet, ayudándonos a entender los motivos y a conocer los procesos de investigación que los artistas invitados realizan día tras día para crear sus obras.

Yolanda Reyes, Andrés Hurtado, Gloria Castro, Hugo Zapata, los integrantes del grupo de rock Dr Krápula y Ana María Rueda conversan con nuestros amigos y nos dejan con ellos la inquietud de observar y trabajar para convertirnos en artistas de verdad.



ISBN: 978-958-44-2263-7

